



CHINA

L
A
N
O
V
E
L
A

EDWARD

RUTHERFURD

Profundamente documentada y magníficamente narrada, Edward Rutherfurd dibuja un apasionante retrato de uno de los países más singulares y extraordinarios del mundo entero.

La historia comienza en 1839, en los inicios de la Primera Guerra del Opio, y continúa con la historia de China a través de la Revolución Cultural de Mao hasta nuestros días. Rutherfurd muestra el ascenso y la caída de las fortunas de distintos miembros de familias chinas, británicas y americanas, mientras negocian el devenir de la historia. Por el camino, fiel a su estilo, el autor nos regala un minucioso y profundo retrato de la historia y de la sociedad china, de sus tradiciones ancestrales, de sus grandes reveses y de la aparición de China como una gran potencia global en ascenso. Y al igual que en sus novelas anteriores, encontraremos romance, aventuras, heroínas y sinvergüenzas, luchas abrumadoras y fortunas increíbles.

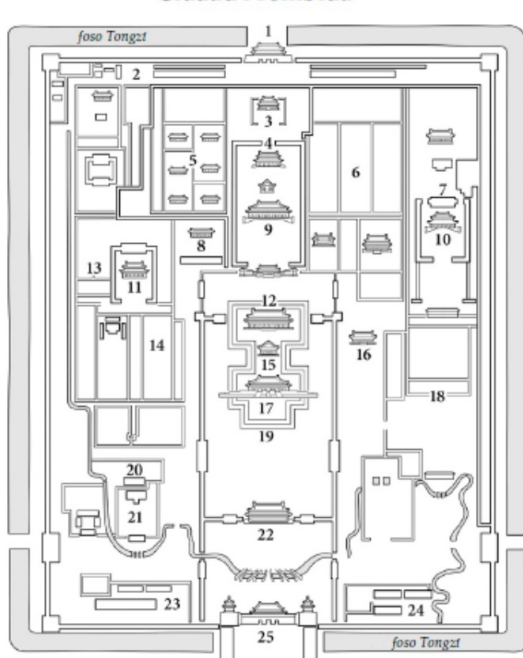
De Shanghái a Nankín y a través de la Gran Muralla, Rutherfurd relata el turbulento ascenso y la caída de imperios, mientras el colonial Oeste colisiona con el opulento y complejo Este en una batalla épica entre sus culturas y su gente.

A la memoria de

ARTHUR WALEY,
poeta y letrado

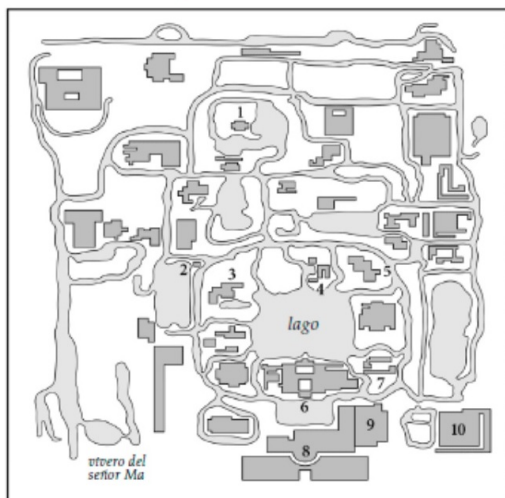
cuyas traducciones de los clásicos chinos han sido una
fuente de inspiración para mí durante cincuenta años.

Ciudad Prohibida



- 1 Puerta del Divino Genio Militar
- 2 Cocinas y jardines de palacio
- 3 Sala de la Paz Imperial
- 4 Palacio de la Tranquilidad Terrenal
- 5 Aposentos de la emperatriz y las concubinas
- 6 Palacios residenciales
- 7 Palacio de la Longevidad Tranquila
- 8 Aposentos del emperador
- 9 Palacio de la Pureza Celestial
- 10 Sala de la Supremacía Imperial
- 11 Palacio de la Paz y Tranquilidad
- 12 Sala de la Armonía Protectora
- 13 Fantasma
- 14 Oficinas de Asuntos Domésticos Imperiales
- 15 Sala de la Armonía Central
- 16 Campo de tiro
- 17 Sala de la Armonía Suprema
- 18 Palacios de los príncipes jóvenes
- 19 Pavimento del Dragón
- 20 Tesoro
- 21 Almacenes imperiales
- 22 Puerta de la Suprema Armonía
- 23 Pabellones de los criados y eunucos
- 24 Oficinas
- 25 Puerta Meridional

El palacio de verano



- 1 Tierra de las Maravillas de Lianxi
- 2 Templo de la Paz Universal (Casa de la Esvástica)
- 3 Villa de la Flor de Albaricoque
- 4 Isla de los Templos
- 5 Academia del Arbol Wutong Verde
- 6 Residencia privada del emperador
- 7 Terraza de las Peonías
- 8 Sala de Audiencias
- 9 Sala del Gobierno Diligente
- 10 Escuela de los Príncipes



Nota del autor

CHINA es ante todo una novela, pero el argumento se desarrolla sobre un fondo de sucesos históricos reales.

Las descripciones de las figuras históricas que aparecen en el relato las he realizado con la aspiración de ajustarme al máximo a la realidad. En cambio, los personajes principales –Trader, Charley Farley, los hermanos Odstock, Nio, Shi-Rong, Mei-Ling, Uña Lacada, el señor Liu, el señor Ma, Guanji, sus familias y sus amigos– son ficticios.

Quisiera expresar una deuda especial hacia los siguientes autores y estudiosos en cuya labor de investigación, a menudo en fuentes originales, se ha basado esta novela.

INTRODUCCIONES GENERALES: John Keay, por su amena introducción a la historia de China; Caroline Blunden y Mark Elvin, por su magnífico *Cultural Atlas of China*; y Marina Warner, por su minuciosa biografía de la Emperatriz Dragón.

OBRAS ESPECIALIZADAS: Julia Lovell, por la descripción de la guerra del opio de 1839; Peter Ward Fay, por ahondar en los detalles de la guerra y del tráfico del opio; y por el tema del consumo del opio en China, Zhang Yangwen. Me han sido de gran utilidad los detalles sobre la vida de los eunucos aportados por la biografía de Jia Yinghua de Sun Yaoting, sobre el concubinato y el personal de servicio, por Hsieh Bao Hua, y sobre la vida de sirviente de Ning Lao T'ai-t'ai, por la obra de Ida Pruitt. Para las descripciones del proceso de vendado de los pies, me he basado en las obras de Dorothy Ko. Por haberme introducido a la compleja temática de los manchúes, estoy muy

agradecido a Mark C. Elliott y en especial a Pamela Kyle Crossley, cuya pormenorizada investigación de tres generaciones de una familia manchú me permitió crear la familia de ficción de Guanji. Para los detalles del Palacio de Verano, contraí una deuda de gratitud con Guo Daiheng, Young-tsu Wong y sobre todo con la obra de Lillian M. Li consagrada al Yuanmingyuan. Para la descripción del sistema judicial imperial y las leyes relativas a la tortura, me inspiré en la excelente monografía de Nancy Park. En lo tocante al *feng shui* y las características de los pueblos de la China meridional, me fue muy útil un artículo de Xiaoxin He y Jun Luo. Para la evocación de los *taiping*, consulté los estudios de Stephen R. Platt y Jonathan Spence. Estoy especialmente agradecido a Diana Preston por su minucioso relato del asedio de las legaciones ocurrido durante la Rebelión de los Bóxers, que me procuró un nutrido material sobre el que fundar mi descripción.

Debo dar personalmente las gracias a Julia Lovell por sus atinados y útiles consejos en la organización de mi obra; al doctor James Greenbaum, Tess Johnston y Mai Tsao por las fructuosas conversaciones mantenidas con ellos; a Sing Tsung-Ling y Hang Liu por sus meticulosas lecturas preliminares de mis manuscritos iniciales; y a Lynn Zhao por la supervisión de la narrativa histórica de la totalidad del libro. El responsable de cualquier falta que pueda haber quedado soy yo.

Muchas gracias a Rodney Paull, por haber preparado unos mapas con cuidado y paciencia ejemplares.

Una vez más, quiero dar las gracias a mis editores, William Thomas de Doubleday y Oliver Johnson de Hodder, no solo por el fantástico equipo que conforman, sino por la gran generosidad y paciencia demostradas durante la larga redacción del borrador, plagada de dificultades técnicas. Deseo asimismo dar las gracias a Michael Windsor, de Estados Unidos, y Alasdair Oliver, de Gran Bretaña, por sus espléndidos diseños de portada. Muchas gracias tam-

bién a Khari Dawkins, Maria Carella, Rita Madrigal, Michael Goldsmith, Lauren Weber y Kathy Hourigan, de Doubleday.

Gracias, como siempre, a Cara Jones y a todo el equipo de RCW.

Y finalmente, por supuesto, doy las gracias a mi agente, Gill Coleridge, con quien he contraído una incalculable deuda de gratitud a lo largo de los últimos treinta y seis años.

Sol rojo río Amarillo

Enero de 1839

Al principio no oyó la voz que sonó a su espalda. El sol rojo le daba de pleno en la cara mientras recorría a caballo el centro del mundo.

Había cubierto sesenta y cuatro kilómetros desde el amanecer. Aún tenía cientos por delante, y no le quedaba mucho tiempo. Tal vez el tiempo se había agotado ya.

El enorme sol se pondría pronto y, cuando su tonalidad fucsia diera paso al melancólico matiz púrpura del ocaso, tendría que descansar. Después, reanudaría su camino al amanecer, atormentado siempre por la misma duda: ¿podría llegar junto al lecho de su amado padre y pedirle perdón antes de que fuera demasiado tarde? Su tía había dejado claro en la carta que estaba a punto de morir.

—¡Señor Jiang! —oyó por fin—. ¡Jiang Shi-Rong! ¡Espere!

Al volverse, vio a un jinete que se aproximaba al galope. Con los ojos deslumbrados por el sol, Jiang tardó un momento en ver que se trataba de Wong, el criado del señor Wen. Refrenó el caballo, extrañado.

Wong, un hombre bajito, calvo y entrado en carnes, oriundo del sur, que se ocupaba de la casa del anciano letrado y gozaba de su entera confianza, había tomado bajo su protección al joven Jiang desde el momento en que se instaló allí. «Debe de haber cabalgado como un mensajero imperial para alcanzarme», pensó el joven, viéndolo cubierto de sudor.

—¿Está bien el señor Wen? —preguntó con inquietud.

–Sí, sí. Dice que debe regresar ahora mismo a Pekín.

–¿Regresar? –Jiang lo miró con desconcierto—. Pero si mi padre se está muriendo... Tengo que acudir a su lado.

–¿Sabe quién es el señor Lin?

–Claro.

En todo Pekín no se había hablado más que de aquel humilde funcionario, casi desconocido hasta entonces, que gracias a la grata impresión que había causado en el emperador se había visto encomendado a una misión de suma importancia.

–Quiere verle a usted, sin tardar.

–¿A mí?

Él era un don nadie. No, ni siquiera eso. Además de insignificante, era un fracasado.

–El señor Wen escribió al señor Lin para recomendarlo; se conocen de cuando eran estudiantes. El señor Wen no le dijo nada para que no se hiciera demasiadas ilusiones, y como el señor Lin no respondía... –Calló un instante, con expresión de pesadumbre—. Entonces, esta mañana, después de que usted se fuera, el señor Wen ha recibido un mensaje. Es posible que el señor Lin lo coja como empleado, pero antes tiene que verlo. Por eso el señor Wen me ha dicho que viniera corriendo como un demonio para traerlo de vuelta. Esta es una gran oportunidad para usted, Jiang Shi-Rong –destacó con vehemencia—. Si el señor Lin lleva a bien su misión y queda contento con usted, su nombre llegará hasta oídos del mismo emperador. Así volverá a la senda de la fortuna. Me alegro mucho por usted.

Efectuó una reverencia para evocar la futura categoría del joven.

–Pero mi padre...

–Igual ya está muerto, no se sabe.

–También podría estar vivo. –El joven desvió la mirada, con semblante angustiado—. Debí haber ido antes –murmuró para sí—. Estaba demasiado avergonzado. Si me

vuelvo atrás ahora, perderé tres días, o puede que más – dijo a Wong.

–Si quiere que le sonría el éxito, debe arriesgarse. El señor Wen dice que su padre querría que viera al señor Lin. –El mensajero hizo una pausa–. El señor Wen le explicó al señor Lin que usted habla cantonés. Ese es un gran punto a su favor... para esta misión.

Shi-Rong guardó silencio. Ambos sabían que si podía hablar cantonés era gracias al criado, que le había enseñado su dialecto. Al principio el joven mandarín se había entretenido reteniendo algunas expresiones cotidianas usadas por Wong. Pronto había descubierto que el cantonés era casi como otra lengua, y que utilizaba más tonos que el mandarín. De todas formas, como tenía buen oído, a base de charlar todos los días con Wong, en cuestión de un par de años había empezado a desenvolverse hablándolo. Su padre, que tenía en bajo concepto a la gente del sur, había encontrado divertido aquel singular logro.

«Aunque supongo que podría ser útil, algún día», concedió con ironía.

«No desprecies la lengua cantonesa –le había aconsejado, en cambio, el señor Wen–. Conserva muchas palabras antiguas que se han perdido en el mandarín que hablamos ahora».

Wong lo miraba con apremio.

–El señor Wen dice que igual nunca se le vuelve a presentar una ocasión así –recalcó.

Jian Shi-Rong tendió la mirada hacia el sol rojo y sacudió, abatido, la cabeza.

–Ya lo sé –dijo en voz baja.

Permanecieron inmóviles un minuto. Después, afligido y en silencio, el joven emprendió el camino de regreso a Pekín.

Al concluir esa noche, a ochocientos kilómetros de allí, en las tierras costeras situadas al oeste del puerto que en-

tonces denominaban Cantón en los países extranjeros, una neblina llegada desde el mar del Sur de China lo envolvía todo de blanco.

La muchacha acudió a mirar a la puerta del patio, creyendo que estaba sola.

A pesar de la niebla matinal, percibía la presencia del sol, que relumbraba detrás de aquella masa pálida. Aun así, no alcanzaba a ver el estanque, situado a menos de treinta metros, ni tampoco el desvencijado puente de madera desde el que tenía la afición de contemplar la luna su suegro, el señor Lung, recreándose en su condición de propietario del estanque y de campesino más rico de la aldea.

Aguzó el oído en medio de la humedad y el silencio. A veces se oía el leve ruido que hacía algún pato cuando introducía la cabeza en el agua y la sacudía después. Sin embargo, en ese momento no se oía nada.

–Mei-Ling –musitó alguien a su derecha.

Solo distinguía la masa del bambú que crecía al lado el camino. Avanzó un paso, con cautela.

–¿Quién es?

–Soy yo, Nio. –Un hombre se perfiló junto al bambú y se acercó a ella.

–¡Hermanito!

A la muchacha se le iluminó la expresión. Incluso después de tantos años, lo reconocía perfectamente. Aún era visible la cicatriz en la nariz y la mejilla.

Nio no era exactamente su hermano. Apenas si podían considerarse parientes. Él era de la familia de su abuela, por parte de madre, que pertenecía a la tribu hakka. A raíz de la muerte de su madre y de sus hermanas en una epidemia, su padre lo había dejado a cargo de los padres de Mei-Ling hasta que, al cabo de dos años, se casó otra vez y se volvió a quedar con el niño.

Él en realidad se llamaba Niu, pero como en el dialecto de su pueblo natal su nombre se pronunciaba más bien

como Nyok, con la k final casi inaudible, Mei-Ling le había inventado uno intermedio, Nio, con una o breve, que había conservado desde entonces.

Mucho antes de que su padre se lo volviera a llevar, Mei-Ling había adoptado a Nio como hermano y desde entonces siempre había sido como una hermana mayor para él.

–¿Cuándo has llegado? –susurró.

–Hace dos días. Vine a verte, pero tu suegra me dijo que no volviera. Después fue a casa de tus padres y les dijo que no me dejaran acercarme a ti.

–¿Y por qué hizo eso?

Pese a que, con sus quince años, Nio solo era un año menor que Mei-Ling, esta advirtió que aún parecía bastante infantil. El chico se quedó con la vista pegada al suelo un momento antes de responder.

–Debe de ser por algo que hice.

–¿Por qué has venido, Hermanito?

–Me fugué –confesó con una sonrisa, como si fuera una hazaña.

–Ay, Nio... –Estaba a punto de pedirle más detalles cuando él le dio a entender que había alguien mirando desde la puerta, detrás de ella–. Espérame en la entrada del pueblo mañana por la mañana –le indicó con precipitación–. Procuraré acudir cuando empiece a clarear. Si no estoy, vuelve a ir al día siguiente. Ahora corre. Deprisa, deprisa.

Mientras Nio desaparecía detrás del bambú, se dio la vuelta.

La joven de cara ovalada estaba parada junto a la puerta. Sauce era su cuñada. Aunque se dirigían el tratamiento de «hermana», no tenían el menor parecido.

El nombre de su cuñada significaba «el airoso sauce». No obstante, sin su ropa de calidad y el maquillaje que se aplicaba meticulosamente en la cara, podría considerarar-

se más bien fea. Sauce provenía de una familia de ricos campesinos del condado vecino, llamado Wan, y pese a que se había casado con el hijo mayor del señor Lung, la gente de la aldea se refería a ella, según la costumbre, como la Mujer Wan. De acuerdo con la condición más desahogada de la familia Wan, a Sauce le habían vendado los pies cuando era niña y por eso ahora caminaba con el distinguido cimbreo que la diferenciaba de las campesinas pobres como Mei-Ling, cuya familia trabajaba en los campos.

Sauce, que era más alta, tenía un porte levemente inclinado, como si efectuara una reverencia a la manera de una dama. Mei-Ling, que era baja, se mantenía erguida sobre sus pies naturales, como la muchacha campesina que era. Desde pequeña, siempre había estado considerada como la niña más guapa de la aldea. De no haber sido tan pobres, sus padres tal vez le habrían vendado los pies, la habrían equipado con ropa de lujo y la habrían vendido a algún mercader de alguna ciudad de los alrededores como segunda esposa o concubina. Aun así, pese a su belleza, nadie habría imaginado nunca que fuera a casarse con el hijo del señor Lung.

De hecho, la mayoría de la gente consideró que aquella boda era un escándalo. Su misma suegra se puso hecha una furia.

Había otra diferencia entre ambas. Sauce ya había dado una hija a su marido... aunque solo fuera una niña. Por fortuna, volvía a estar embarazada de cinco meses.

Mientras regresaban al patio contiguo a la casa de los Lung, Sauce observó con languidez a Mei-Ling.

—Sé quién era.

—¿Ah, sí?

—Era tu primo, Nio. Lo sé todo de él. Tú le llamas hermanito. —Inclinó despacio la cabeza—. En la casa todos saben que está aquí, pero no nos han permitido decírtelo.

—¿Ni siquiera a mi marido?

–Él quería, pero tenía miedo de que trataras de ver a Nio y te buscaras problemas. Solamente intentaba protegerte.

–¿Se lo vas a contar a madre?

–Puedes confiar en mí, hermana.

Al llegar junto al pequeño naranjo del patio, Sauce se detuvo un instante.

–No trates de verlo, hermana. Si madre se entera, te azotará, o puede que te aplique otro castigo peor.

Ese mismo día, a primera hora de la tarde en Calcuta, un cabriolé transportaba a dos jóvenes ingleses por las calles del placentero barrio de Chowringhee. Las persianas estaban completamente bajadas para impedir la entrada de la cruda luz, ya que, pese a encontrarse en la estación más fresca de la India, la irradiación del sol y el calor eran por lo general superiores a los días más cálidos de Gran Bretaña.

Charley Farley era un individuo alegre. En el críquet, deporte en el que era ducho, gozaba de la ventaja de su respetable estatura. Su cara, algo redondeada, parecía adoptar una forma más esférica a medida que le crecían las entradas en la frente.

–Aún no estoy calvo –bromeaba con jovialidad–, pero ya me habré vuelto calvo a la hora del té.

Detrás de las gafas, en sus ojos azules se traslucía una naturaleza afable, no exenta sin embargo de sagacidad. En la vida, como en el críquet, obraba de manera directa, sin complicarse demasiado.

Su amigo John Trader, algo más alto, con una tonalidad de cabello semejante a la de las olivas negras, era delgado y bastante apuesto. En sus ojos de color azul cobalto se manifestaba en ese momento un profundo malestar.

–Todo esto es un terrible error –afirmó con voz sombría.